

Cefisa y Amor.

Por Montesquieu.

(TRADUCCION DE A. QUERALT.)

Un dia en que divagaba por los bosques de Idalia con la jóven Cefisa, encontré al Amor durmiendo reclinado sobre las flores, y cubierto por algunas ramas de mirto que se inclinaban dulcemente al blando hálito de los céfiros. Los Juegos y las Risas que le siguen siempre, retozando se habian alejado de él; estaba sólo. Tenia á Amor en mi poder; su arco y careaj estaban abandonados á su lado; si hubiese querido habriar bado las armas del dios. Cefisa tomó el arco del mas poderoso de los dioses, puso una flecha sin que yo me apercibiese, y la lanzó contra mí. Yo le dije: toma otra y hiéreme de nuevo; ¡si supieras cuán dulce es...! Quiso hacerlo, pero le cayó la flecha encima del pié, y le hizo dar un dulce grito; era la mas pesada del careaj del Amor. La tomó de nuevo y la hizo hendir los aires; me hirió ó inclinándome le dije:— ¡Ah, Cefisa! ¿quieres hacerme morir?— Despues se aproximó al Amor. Duerme profundamente, dijo, está causado de arrojar dardos; voy á tejer guirnaldas de flores con que atarle los piés y las manos.— ¡Ah, no lo consentiré, pues siempre nos ha favorecido!—Entonces voy á lanzarle una flecha con todas mis fuerzas.— ¡Pero despertará!— Y si despierta ¿qué puede hacer que nos lleve ventaja?— No, no, dejémosle dormir, y así cerca de él estarémos mas enardecidos.

Cefisa tomó entonces hojas de mirto y rosa.— Voy, dijo, á cubrir con ellas al Amor; los Juegos y las Risas le buscarán y no podrán encontrarle.— Lo hizo y se puso á reir viendo al niño dios envuelto de tal modo.— Pero ¿qué me detiene? añadió; es preciso cortarle las alas para que acaben en la tierra los hombres, veleidosos, pues este dios

va de corazon en corazon derramando por todos la inconstancia.—Tomó sus tijeras y sentóse teniendo en una mano las puntas de las doradas alas de Cupido. Sentí en mí pecho el frio del temor.— ¡Detente, Cefisa!— No me oyó; cortó los extremos de las alas, y dejando las tijeras, huyóse.

Cuando Amor hubo despertado quiso tender el vuelo, pero sintió un peso desconocido. Al ver sobre las flores las puntas de sus alas, se puso á llorar. Júpiter que se apercibió desde lo alto del Olimpo, envióle una nubecilla que le elevó al palacio de Guido y le puso sobre el seno de Venus.— Madre mia, dijo, antes agitaba mis alas sobre vuestros pechos, fallándome ahora, ¿qué haré?— Hijo mio, dijo la bella de Chipre, no llores, el calor hará que crezcan de nuevo, ¿no ves? ya son mayores.... Abrázame.... ¡ya crecen!... muy pronto serán cual eran.... ya se doran las puntas.... ¡un momento!... ¡ya está!... vuela, hijo mio— ¡Ah! voy á probarlo.— Se elevó, se detuvo cerca de Venus y volvió á su seno. Voló de nuevo y descansó un poco mas léjos, despues retornó al seno de Venus. El la abrazó y ella sonrióle; la abrazó segunda vez y jugueteó con ella. Por fin se elevó por los aires donde reina sobre toda la naturaleza.

Amor por vengarse de Cefisa la ha convertido en la mas versátil de todas las beldades; hace brillar cada dia en su pecho una nueva llama. Ella me ha amado; ha amado á Dafnao, y hoy es la querida de Cleon.— ¡Cruel Amor, á mí es á quien castigas! Estoy contento pagando la pena de su crimen; pero ¿no tienes otros tormentos para hacerme sufrir?

Vision.

Por F. Richter.

(TRADUCCION DE J. F. M.)

Cuando en nuestros años infantiles se nos dice que á la media noche, cuando el alma duerme en los brazos del sueño, las visiones lúgubres aparecen, los muertos abandonan sus sepulcros y van á las iglesias á interrumpir las plegarias de los que viven, entonces tememos á la muerte porque tememos á los muertos.... — A la caída de las sombras que se acercan, cuando fijamos las pupilas en los oscuros vidrios de la iglesia, mas que los goces, el miedo de la infancia nos rodea como en la noche el alma adormecida... Ah! no se apaguen jamás esos destellos; no nos robeis esas visiones por mas lúgubres que sean... Mas dulce son que las de ahora; nos conducen á una edad en que el rio de la vida retrataba el cielo...!

Dormía yo una noche de estío sobre la cumbre de una colina, soñaba que á media noche me encontraba en un cementerio... El reloj hizo resonar once campanadas.... Entreatbíéronse los sepulcros y las puertas del templo con rechinantes crujidos al impulso de una mano invisible....

Sombras que ningun cuerpo proyectaba, se deslizaban junto á las paredes; lívidos fantasmas hendian en el espacio, pero sólo los niños dormian en sus sepulcros.... Una nube sombría se plegaba y desplega movida por un monstruoso fantasma... Detrás de mí escuchaba el lejano choque de las avalanchas..., bajo mis piés temblaba la tierra en sus primeras conmociones.... — El templo se balanceaba en tanto que sonidos estridentes llenaban el aire sin orden alguno... Moribundos fulgores enviaban resplandor exánime... y yo, estremeciéndome de horror, me dirigí á la iglesia con deseo de abrigarme en ella...; dos lámparas relampagueaban ante las fornidas puertas.... Adelanté por medio de fantasmas que no conocia; el sello del tiempo señalaba su frente...; giraban en torno del desnudo altar y su pecho respiraba con agitacion... Solo un muerto que estaba allí enterrado muy poco tiempo, yacia sobre la losa del sepulcro... Su pecho estaba desnudo y un sueño feliz prestaba á sus labios una dulce sonrisa... — Pero oyen-